

**Martes II del TO**  
**Ciclo B**



16 de enero de 2024

1Sm 16, 1-13

Sal 88

Mc 2, 23-28

*P. Eduardo Suanzes, msps*

«Yo no juzgo como juzga el hombre. El hombre se fija en las apariencias, pero el Señor en los corazones». Es decir: no es oro todo lo que reluce; lo superficial es solo superficial, el brillo solo es una característica del exterior de las cosas, no procede del interior. Y eso es lo que le pasó a Samuel a ver al hijo mayor de Jesé: quedó impresionado; pero Dios miraba al corazón, no al exterior; lo que le interesaba era el corazón de David, el último, el pequeño, con el que nadie contaba...Pero Dios sí.

A Dios no le impresionan los dones naturales<sup>1</sup>, el don de predicación, de enseñanza, de la administración; tampoco la capacidad de relación ni los dones carismáticos, como el don de lenguas, de hacer milagros, de curar enfermos, etc., con los que la gente tan fácilmente se impresiona. Lo que le impresiona de verdad a Dios es la pobreza de un corazón con muy poco que ofrecer pero que se entrega totalmente. La pobreza, la debilidad, la soledad, la enfermedad límite, la necesidad extrema, la noche oscura del alma...Eso entregado es lo que, digamos, desencaja el corazón de Dios desparramándose en gracias volcándose sobre la persona humilde con todo su poder y ternura.

El don que Dios quiere que le ofrezcamos es mucho más difícil que todas las formas de servicio, porque es el don total de nuestro ser —de nuestro ser más profundo—, sea el que sea. Generalmente incluye mucha pobreza, mucha debilidad y necesidad, e incluso pecado. Esta ofrenda de nuestra indigencia espiritual es un don para el cual la recompensa en esta vida es solo saberse entre los brazos tiernos del Padre. Agradamos a Dios cuando no tenemos nada de qué presumir tras largos años de servicio y sin embargo continuamos sirviéndole. Y cuando alguien así llega al cielo, el descubrimiento será impresionante y desbordante.

¿Cuál es poder apostólico de un don entregado de esta forma? Pues su poder apostólico consiste en que conmueve profundamente el corazón de Dios, fuente de la gracia. Es como el don de María de Betania que derramó todo su perfume. No nos sorprende que ofreciera perfume. Todo el mundo sabía que amaba a Jesús, y que aquel perfume era un símbolo de su amor. Pero lo que produjo el asombro de todos los presentes en la cena, y la indignación al menos de un discípulo, fue la generosidad del don, el gesto extraordinario de derramar, no unas gotas del valioso unguento, sino todo lo que había en el frasco. Lo más que se esperaba era una gotita... Ella rompió el frasco y derramó todo el perfume sobre su cabeza. No pensó en dejar un poco para el día siguiente, o para otra persona, o para sí misma. No pensó en el precio. El elemento fundamental de la historia es la generosidad del don. Eso es lo que

---

<sup>1</sup> Cfr. THOMAS KEATING. *Crisis de fe, crisis de amor*. Bloomsbury Academic, 1995

conmovió tanto a Jesús, como le conmovió la viejecita que echó las dos monedas (su cuerpo y su alma), todo lo que tenía, en el arca del tesoro del Templo. Por eso dio más que nadie, sin ella saberlo..., que ahí está el secreto.

Lo que Dios valora es la entrega de un corazón verdaderamente humilde. Por ningún otro medio podremos alcanzarle, y menos lograr la intimidad con Él. Así de sencillo y así de difícil. No tenemos que tener nada para ofrecer, sólo tenemos que poseernos a nosotros.

Jesús desprecia las apariencias, y especialmente las piadosas, por eso es que no puede soportar a la secta de los fariseos, que eran, la mayoría, pura apariencia, como se nos relata en el Evangelio de hoy: la apariencia de cumplir con el sábado.

Les voy a contar una historia. En la escuela a la que fui de los Maristas de Cartagena, durante las clases de gimnasia uno de los ejercicios más difíciles y emocionantes era el de trepar por una cuerda. Durante esta prueba, el “Profe” solía tener en la mano un gran cronómetro. Los participantes daban un paso al frente, agarraban la cuerda con las manos, y cuando el “Profe” decía: “¡Ya!”, empezaban a subir. Llegar arriba en diez segundos, valía diez puntos. En seis segundos, sesenta puntos, en tres segundos, ciento cincuenta puntos. Pero había un compañero al que todos le teníamos manía porque era el más listo de la clase, que se llamaba Paco. Como suele ocurrir con los más listos de esa edad, estaba muy gordo y era poco agraciado para los ejercicios físicos. A Paco esta actividad le resultaba humillante. No podía levantarse del suelo. Cada vez que llegaba este ejercicio él agarraba la cuerda. Cuando el “Profe” decía: “¡Ya!”, entonces Paco se balanceaba inútilmente en medio de las burlas de todos nosotros. Era la ocasión de vengarnos por todos los sobresalientes que sacaba a final de mes. Un día, cuando llegó el ejercicio de trepar por la cuerda, y llamaron a Paco para hacerlo, él se negó. El “Profe” era espabilado y tenía un don para entrenar a aquellos chicos. “Paco ¿no vas ni siquiera a intentarlo?”, preguntó el “Profe”. Paco contestó: “No”, y nosotros nos pusimos cruelmente a abuchearle. El “Profe” le desafió con esta oferta: “Te daré un punto si lo intentas”. ¡Un punto por intentarlo! Aquel día otros habían conseguido sesenta, ochenta y hasta cien puntos. Como oferta, no era demasiado atractiva. Pero Paco dio un paso adelante, a pesar de las burlas de todos nosotros, agarró la cuerda con las dos manos, y se balanceó con su habitual incapacidad. Sopló y resopló durante treinta o cuarenta segundos, no consiguió nada, y se retiró. Era el fracaso habitual. Sin embargo, el “Profe”, alardeando, puso un uno junto al nombre de Paco. Otro chico del curso ganó la copa, naturalmente. Pero, ¿quién pensamos que la hubiera recibido si el Juez de Paco hubiera sido la Persona que se fijó en el último hijo de Jesé, o en la viuda de las dos monedas? Estoy seguro que cuando Paco llegó al cielo, porque ya murió, sus ángeles vieron también la humillación que había tras aquel único punto que alcanzó en aquel día y cogieron sus lápices y empezaron a añadirle ceros a ese dígito solitario. Al final se encontró con millones de puntos. Nunca olvidaré a Paco, al pobre Paco.